

SCHMUCLER, Héctor (1975)

"La investigación sobre comunicación masiva".
Comunicación y Cultura, N° 4, 1975. (pp. 3-14)

En: Memoria de la comunicación. Biblos, 1997. (pp. 131-143)

Ibiden

La investigación (1975):
ideología, ciencia y política*

¿Para qué investigar sobre los medios masivos de comunicación?

Comenzaré estos apuntes incurriendo en un lugar común: durante los últimos años se ha desarrollado un impetuoso movimiento de estudios sobre comunicación masiva. Como todo lugar común, la observación tiende a convertirse en verdad apodíctica y difícilmente se exija una demostración a quien la formule. Sin embargo sería interesante indagar algunos aspectos de la afirmación tantas veces cargada de sorpresa: a) no es casual que los estudios hayan crecido en los últimos tiempos puesto que la comunicación masiva adquiere papel manifiestamente importante en estos años, sobre todo por la presencia dominante de la televisión; b) casi contradiciendo el punto anterior es preciso destacar el lugar privilegiado que le otorgaron a los medios masivos (aunque no los llamaran así) los pensadores políticos mucho antes de la ola actual. Ejemplos: los numerosos escritos de Lenin sobre la prensa y el cine, las meditaciones de Gramsci sobre los instrumentos que facilitan la hegemonía de una clase sobre el conjunto social o, antes aún, las indicaciones de Mariano Moreno sobre el uso propagandístico de *La Gaceta*; c) tampoco es casual que los considerados primeros trabajos sobre el tema hayan surgido en Estados Unidos como apoyatura al proyecto socio-cultural en el que se instalan los grandes

* Este artículo retoma el aparecido con el título "La investigación sobre comunicación masiva", en *Comunicación y Cultura*, 4, Buenos Aires, 1975.

4

aparatos de comunicación masiva. Dicho de otra manera, los estudios sobre los "efectos de la comunicación", estimulados por los vendedores de productos, están orientados en el mismo sentido que la instalación de emisoras de radio o la venta de aparatos receptores; así como la literatura "funcionalista", que dominó las publicaciones hasta hace apenas diez años, sirve de ordenamiento "teórico" para justificar los mecanismos de la sociedad donde las empresas propietarias de los medios realizan sus negocios; d) la última década ha visto florecer nuevas tendencias en la investigación, consecuencia del entusiasmo por el estudio de los sistemas significantes que tienen a la lingüística como referente y donde los análisis semiológicos ocupan un lugar destacado. Esta línea se opone a las corrientes norteamericanas clásicas y se muestra útil para develar los contenidos ideológicos de los mensajes. En ese sentido es asumida por buena parte de los que señalan a los medios masivos como instrumentos de las estructuras sociales dominantes en los países capitalistas y dependientes.

Estas notas dejarán de lado los múltiples problemas que suscita la descripción anterior, para reflexionar sobre el último punto señalado en su vinculación con nuestra realidad latinoamericana. La necesidad de reflexión no se produce caprichosamente sino estimulada, al menos, por tres razones: 1) una práctica social directa o indirecta (es decir, realizada por otros y asumida por mí) que fue modificando concepciones que teníamos hace algunos años sobre el papel de los medios masivos de comunicación; 2) la polémica desatada en los últimos tiempos sobre la oposición ciencia versus ideología (que comporta la de ciencia versus política) y que, si bien en estos momentos languidece ante el ostensible deterioro de los partidarios de esa oposición, no deja de expresarse abierta o residualmente en numerosos trabajos aparecidos o que se realizan actualmente. En nuestros países, además, la discusión tiene que ver con el permanente debate acerca de la metodología a aplicar en los estudios sobre el tema y con la legitimidad de algunos de ellos; 3) el proceso político que durante estos años ha sacudido a América latina y que ha generado nuevas condiciones de pensamiento, a la vez que ha verificado o desechado la verdad de algunas de las hipótesis esgrimidas hasta ahora.

Pero, ¿por qué hablar de las corrientes semiológicas enmarcadas en el acontecer latinoamericano si el interrogante primero tiene que ver con algo previo, que hace a la justificación de un trabajo y no a los instrumentos utilizados para realizar el mismo? Adelantemos un par de postulaciones:

1. La metodología semiológica (con diversas variantes) ha sido propugnada como valor en sí que justifica las investigaciones. Al

invocar su situación "científica" encuentra un objeto válido en los mensajes lanzados por los medios, donde se instala para descubrir los mecanismos estructurales que determinan su significación y por lo tanto la ideología que encierran.

2. Nosotros pretendemos encontrar justificaciones exteriores a la investigación misma, en la realidad socio-política, y establecer objetivos de acuerdo con las necesidades surgidas de un proyecto general de transformación de esa realidad. Claro está que con tal punto de mira no se obvia el problema del método, pero éste aparece funcional al objetivo y se legitima en virtud de la eficacia y no de su pureza intrínseca. Es redundante afirmar (pero lo hacemos para quienes necesitan satisfacerse en la redundancia) que la elección del método tampoco es gratuita y tiene que ver con el objetivo general antes planteado. En este aspecto consideramos que la semiología es uno de los caminos de abordaje correcto, a condición de limpiarla de la propaganda que pretende (o pretendió) constituirse en la ciencia de las ciencias y que cumpla el papel asignado dentro del conjunto de aproximaciones que permita volver eficaz un estudio de los medios masivos.

Situación histórica y método son coordenadas a tener necesariamente en cuenta para encarar el objeto "comunicación masiva". Es posible que nadie cuestione esta afirmación y sin embargo se establezcan diferencias profundas (ideológicas, por supuesto) entre quienes la aceptan. Se trata de saber si por un lado va la historia (la política, la ideología) y por otro los métodos (la ciencia). Y aquí una nueva postulación:

3. Sólo es "científico", elaborador de una verdad, un método que surja de una situación histórico-política determinada y que verifique sus conclusiones en una práctica social acorde con las proposiciones histórico-políticas en las que se pretende inscribirlas. Lo contrario, la consideración política y la "práctica científica" como fenómenos paralelos (es decir, separados), concluye en un acompañamiento infinito —como las paralelas euclidianas— sin que jamás una roce a la otra. Mientras, cada una de esas llamadas prácticas establecen ciencias y políticas en las que necesariamente se confunden. Dicho sin metáfora geométrica: le guste o no al científico, siempre su ciencia se vincula a una política. Y, lo quiera o no, toda política condiciona una ciencia. Luego vienen los casos de supercherías conscientes, pero eso entra en el campo de las conductas individuales.

La revista *Lenguajes*: ciencia versus ideología

Para avanzar nos será útil considerar el caso de la revista *Lenguajes*,¹ publicada en Buenos Aires. La lectura atenta de los dos números aparecidos hasta ahora revela algunas líneas de fuerza:

- a. el reconocimiento de las "condiciones de producción del conocimiento" en la Argentina marcadas por la dependencia económica y cultural;
- b. la necesidad de elaborar un saber acorde con los requerimientos del Tercer Mundo en que la Argentina está inserta;
- c. la imprescindible diferenciación entre el hacer político y el hacer científico y por lo tanto la rotunda afirmación de que de la práctica política no surge "conocimiento";
- d. el hostigamiento a las producciones culturales latinoamericanas que confunden los campos (mezclan lo político-ideológico con la ciencia);
- e. la condescendencia benevolente hacia aquellos bienintencionados que, sin embargo, no han alcanzado la cumbre de la ciencia;
- f. la mostración de las más sofisticadas indagaciones que actualmente se realizan en Europa (Francia preferentemente) por nativos de esos países o por latinoamericanos residentes.

Estas líneas de fuerza establecen dos conjuntos que permanecen excluidos. Por un lado *a, b*, que en la revista aparecen como enunciados discursivos, y por otro *c, d, e, f* que merecen desarrollos ejemplificadores. Es fácil observar que *b* y *c* se excluyen por definición y *a* y *f* son de dudosa realización conjunta (al menos no se ha mostrado ni la posibilidad ni el esfuerzo por compatibilizarlos).

Veamos las cosas más de cerca, si bien en estos apuntes no discutiremos el funcionamiento interno de las notas a que haremos referencia: nos interesa destacar los problemas generales que hacen a las propuestas de investigación. Los reconocibles ejes mencionados como *a, b, c, d, e, f* podrían reagruparse en la dicotomía fundamental ciencia versus ideología. Tampoco nos extenderemos en la discusión del tema, aunque la mostración que realiza *Lenguajes* podría servir de aleccionadora experiencia. Digamos, sí, que la "ideología" subyacente en esa dicotomía

1. Publicación de la Asociación Argentina de Semiótica-Nueva Visión, 1, abril de 1974, y 2, diciembre 1974.

produce algunos efectos materiales en la escritura de la revista: primero, en el número inicial una "Presentación" marcadamente política condiciona una falsa lectura de los artículos que siguen. Se genera una especie de campo semántico político negado posteriormente por las realizaciones teóricas que se ofrecen; segundo, un claro alegato sobre la oposición ciencia/política que justifica la *no política* con un discurso político; tercero, en fin, el enfrentamiento desde la "ciencia" a los instrumentos políticos y como consecuencia la negación de éstos desde el prestigio del "saber".

Dice la mencionada "Presentación": "Esta revista se aventura entonces en un camino peligroso, doblemente peligroso en un país donde la producción de palabras es con mucha frecuencia una simple *reproducción*: la mayoría de esas palabras han sido trabajadas en los países centrales, que parecieran detentar el privilegio de una verdadera producción del saber y de la ciencia". Luego de señalar la importancia que se le brindará a las "comunicaciones masivas" indica: "En cuanto a la modalidad, subrayamos a la vez la necesidad de la inserción en la estrategia de las luchas populares contra la explotación externa e interna, y la necesidad de la producción de la teoría, de conocimiento". Es decir —y veremos que no es antojadiza la interpretación— que se trata de no ser menos que las potencias centrales: también aquí tenemos derecho a "producir teoría, conocimiento", de la misma manera que allí. (Ya diremos que nuestra manera de producir conocimientos no necesariamente tiene que ser igual a la de otras partes y sin embargo ser tan legítima como la importada.) Eliseo Verón, algunas páginas más adelante,² confirma: "Una marginación con respecto al contexto social y político del país genera en el investigador una orientación creciente hacia la discusión tal como se realiza en los centros internacionales, lo cual contribuye a aumentar su marginalidad. Este mecanismo encierra sin duda un *feedback* positivo, reforzado por las actitudes que, desde ciertas posiciones de la izquierda, denuncian la inspiración estructuralista o semiológica como una orientación «foránea» o «reaccionaria». El dilema puede ser entonces que, de no detener la dinámica de este proceso de distanciamiento, una evaluación de ese tipo puede llegar a ser más y más verdadera. Pero, al mismo tiempo, la solución no consiste en arrojarse en los brazos de una retórica complaciente (cualquiera sea su signo) enteramente dissociada de toda práctica sistemática de *producción de conocimientos*. Mi hipótesis básica es que este dilema *expresa la distorsión intrínseca al proceso de producción de significaciones (y de conocimiento) en un país dependiente*".

2. "Acerca de la producción social del conocimiento: el «estructuralismo» y la semiología en Argentina y Chile", en *Lenguajes*, cit., 121.

¿Cómo se resuelve entonces el riesgo si parece inconciliable la fusión de ambas prácticas, la política y la "científica"? Hasta ahora —desde la perspectiva enunciada por Verón— lo único perceptible "en un país dependiente" es un discurso político por una parte³ y, por otra, una "producción de conocimientos" alejada del ruido mundano que, cuando es posible, establece un océano de distancia para que el contacto con el objeto a analizar no perturbe el rigor de la especulación.

En la misma nota, Verón insiste: "Pienso que la situación «esperable» y «normal» en un país dependiente es aquella caracterizada por una contradicción objetiva entre las condiciones para la inserción política revolucionaria y las condiciones para la producción de conocimientos". Política versus producción de conocimientos tiene su correlato en los sujetos portadores de esas prácticas: "La contradicción entre la demanda práctica (política) y las condiciones de la investigación es aún más clara en el estudio de Mattelart y Dorfman sobre el Pato Donald. En este trabajo no sólo se aplica como método el comentario intuitivo e interpretativo del material (de una manera que es, dicho sea de paso, sumamente dudosa); el caso me parece más grave: *el problema del método ha desaparecido*".

Si se plantea, en un caso particular, la contradicción entre las condiciones impuestas por la investigación, por una parte, y la intensa demanda social de aplicaciones prácticas que sean a la vez políticamente relevantes, por otra parte, el semiólogo se encuentra ante una alternativa y debe *elegir*. Optar por la inserción política y abandonar las exigencias contenidas en el proceso de producción de conocimientos —conviene decirlo muy claro— *me parece una opción perfectamente legítima*. Pero entonces, ¿para qué mantener el "aparato retórico" del lenguaje "científico"? Si se trata de hacer una lectura, lo más lúcida posible, de la prensa burguesa para desenmascarar sus trampas, ¿qué necesidad hay de hablar de "paradigma y sintagma", de "saturación del corpus", de "escritura", de "ejes semánticos"?

La extensa cita tiene sentido porque es generosamente explícita. Hasta aquí no necesitamos de un trabajo más intenso para comprender la ideología "generadora" del discurso. El comentario de texto, recurso simple pero no siempre inútil, puede fijar algunos temas de discusión: 1) ¿qué presupone afirmar que "el problema del método ha desaparecido"? ¿Desde dónde se estipula el método? Porque, de todos modos, en el renglón anterior se afirmaba que se aplicaba un método, "el comentario

3. Tal como lo muestra la introducción. Con mayor modestia y desgano se repite la vocación política en el número dos de la revista.

intuitivo e interpretativo"; si el texto cuestionado hubiera sido escrito en nombre de la política, con expreso apartamiento de la ciencia, Verón lo hubiera aceptado. Ante la disyuntiva, repite, es preciso "elegir". Pero, ¿a quién se le plantea la disyuntiva? ¿A los autores de *Para leer al Pato Donald* o al comentarista? El que elige descartar la política es Verón y desde allí analiza el libro criticado. Los autores, a la vez, hicieron su elección y lo dicen: no separan una cosa de otra. Porque si para los partidarios de la ciencia apolítica la práctica científica es la única condición de verdad y su marginación de la política es condición para ser proceso de conocimiento, Mattelart y Dorfman saben lo contrario: que la práctica política es condición de verdad para las ciencias sociales; 3) condescendida la legitimidad de una elección que quiere imponerse, se cuestiona la utilización de los elementos "científicos" que se incrustan ilegalmente en el lenguaje político. El "aparato retórico" debe descartarse. ¿Qué significa, entonces, el aparato retórico? ¿Es el presupuesto de la ciencia o la consecuencia de un conocimiento? ¿Puede "decirse lo mismo" con otras palabras, o la terminología utilizada es un instrumento hábil cuando se trata de designar un recorte determinado del mundo? Con tan singular concepción Verón debería reprochar a los políticos que hablan de plusvalía o de relaciones de producción en los discursos políticos. La soberbia pierde a los intelectuales del sistema y Verón no acepta que su coto cerrado sea hollado. Por eso les adjudica a los autores la voluntad de "ocultar la opción" que han realizado. Todo porque "lo que está en juego es la *identidad social del intelectual en cuanto tal*", porque "no resulta tan fácil abandonar el lenguaje técnico: *la identidad del «intelectual» depende de ello*, y por lo tanto también el carácter específico de la imagen que el «intelectual» debe dar *para responder a lo que la demanda social le está pidiendo en su carácter de especialista*".

Lo que Verón no puede concebir por razones ideológicas⁴ es que la participación política de un especialista no se realiza en cuanto tal sino en relación con su acuerdo con un proyecto político; y allí pone en juego lo que sabe y lo que puede. ¿O es que alguien puede imaginar que Karl Marx hizo política en función de su especialidad en economía, por ejemplo? ¿O, a la inversa, dejó a un lado su "ciencia" para hacer política?⁵

4. No intentamos discutir estas razones, entre otras cosas porque puede transformarse en un círculo vicioso: Verón dirá que sus razones están en la esfera de la producción de conocimiento es decir, para él, al margen de la ideología.

5. Uno de los subtítulos del trabajo citado reza: "La pregunta de Lenin". Sorprende esta incursión política en el recinto del "conocimiento". Claro que todo es una broma: Lenin, aquí, podría haber sido la tía Eulalia. La incursión se limita a citar el nombre de un famoso opúsculo del dirigente ruso, *¿Qué hacer?* Semiólogo de la primera hora, teorizador de

Amanes de la textualidad, algunos de los colaboradores de *Lenguajes* intercambian sus textos para que los unos sean entendidos en relación con los otros. Para explicitar sus críticas al libro de Mattelart y Dorfman, Verón remite al breve comentario de Paula Wajzman.⁶ Pero la autora no se queja básicamente de la falta de método, como lo adelantaba Verón. En realidad crítica la concepción del libro. La familia Donald—según la comentarista—nada tiene que ver con la interpretación arbitraria de los autores. Éstos pretenden encontrar en la famosa historia de Disney elementos ideológicos que reproducen el mundo concebido por el imperialismo norteamericano cuando, sugiere Wajzman, se trata de una excelente captación del mundo simbólico de los niños. "Ciegos a lo simbólico", dice, los autores no saben "reconocer, detrás del personaje del tío iracundo, ridículo, casi siempre equivocado, una imagen trucada del padre que permite la risa de alivio y descarga; ni a la madre deseada en la heroína esquiva". Y más adelante: "Los chicos, antiguas víctimas de esta ideología (la creencia de que el hombre —el niño— se sentirá bien en lo bueno) reciben con alegría la existencia de personajes como el Pato Donald, precisamente por la suma de sus defectos, errores y fracasos que Dorfman y Mattelart contabilizan: regocijante espejo que los refleja queribles a pesar de sus dudosos impulsos; su impotencia, su torpeza, son doblemente placenteras para estar proyectadas en un «adulto», de aquellos que en las páginas de publicaciones edificantes sólo premian con su amor la eficacia y la virtud, por engañosamente cambiantes que estas cualidades aparezcan. El humor permite reconocerse sin terrores en la inútil codicia, en la eterna pereza de Donald —que tanto escandaliza a Dorfman y Mattelart—, en la interminable sed de aventuras que ellos escarnecen".

El artículo de Paula Wajzman sirve ejemplarmente para mostrar los riesgos de engaño que lleva implícita la división antagónica entre ciencia e ideología. Refugiada en la "ciencia" del psicoanálisis, la autora no tiene ojos ni oídos para la significación social de las producciones sociales. Sería ingenuo negar las motivaciones profundas del placer o el rechazo de determinadas lecturas. ¿Pero qué tiene que ver eso con la ideología que ratifican esas lecturas? Los argumentos esgrimidos desde el psicoanálisis para rebatir el estudio de Dorfman y Mattelart llevan a la justificación de los hechos sociales tal cual hoy existen. *Todo* podría explicarse (y se explica) por moti-

la producción social de la significación. Verón confundió aquí la política con el diccionario y la significación con la denotación. Lo que no quiere decir que uno también lo confunda. El "chiste" del científico tiene tanta significación inconsciente como el de un payador.

6. "Una historia de fantasmas. (A propósito del libro de Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald*)", en *Lenguajes*, cit.

vaciones inconscientes. ¿O es que la autora duda del placer de los opresores en el mundo social y a la vez de la relación simbólica que muchos oprimidos establecen con sus dominadores? ¿Imagina la comentadora que las producciones estadounidenses (películas, libros, historietas) que estimulan la "aventura" de ir a la guerra no han sido pensadas para tocar "necesidades" profundas de cada individuo? A la inversa: ¿cree que los hombres que sacrifican su vida en esas mismas guerras, pero para liberarse, no movilizan también motivaciones profundas? Pero ¿son iguales las muertes, aunque ambas concluyan con la destrucción de los cuerpos? ¿Tienen, quiero decir, la misma significación? La visión psicoanalítica que olvida el contexto en que se inserta su práctica, lo olvida porque le perturba tenerlo en cuenta, pero al olvidarlo lo confirma. En este caso, el contexto donde los actos adquieren significación (actos que pueden ser textos) se cristaliza en una verdad inamovible. La ideología dominante reluce triunfante. Parafraseando su propia escritura, diríamos que el texto de *Lenguajes*, "ciego" al mundo real (político), admite que éste continúe invariable mientras preserva su individualidad "científica". Los hechos históricos —con esa mirada— serán explicados con razones por las cuales lo que es de una manera no puede ser de otra. Cansado de tanta "interpretación" del mundo, hace un siglo alguien sostenía que era hora de que los sabios pensarán en su modificación. Asumir tal desafío, por supuesto, requiere una premisa aún no verificada: que los redactores de *Lenguajes*, más allá de las palabras de circunstancias, consideren que es necesario modificar el mundo. Su "ciencia", al margen de las contingencias históricas, no parece inquietarse demasiado por los días que vienen.

En el número dos de *Lenguajes* se critica otro libro: *Cine, cultura y descolonización*.⁷ A esta altura verificamos algunos hechos que no parecen casuales: 1) este número —se afirma— "se constituye a partir del intento de presentar una imagen de la reflexión de inspiración semiológica en torno al cine". O sea: está dedicado a estudios más o menos semiológicos sobre cine. Todos los artículos dedicados al tema, menos uno, son traducciones de autores franceses no especializados, justamente, en el Tercer Mundo. La voluntad enunciada en el número anterior quedó atrás. El artículo excepción, escrito por un argentino, se dedica a atacar un libro que intenta estudiar el cine desde la realidad nacional; 2) dos incursiones de la revista sobre temas concretos vinculados a nuestra circunstancia son intentos de desvalorizar reflexiones que indagan desde la práctica popular de países latinoamericanos.

7. Oscar Traversa, "Cine: la ideología de la especificidad. (A propósito de *Cine, cultura y descolonización* de Fernando Ezequiel Solanas y Octavio Getino)".

En su crítica a Solanas y Getino, Oscar Traversa se ofusca porque en el libro se habla del "cine como hecho político". Y lo que lo irrita, fundamentalmente, es el "cómo" que unifica dos categorías disímiles. La lógica de Traversa se siente maltratada. El cine es el cine y la política es la política, parece decir, aunque con una carga confusa y alambicada de términos y formalizaciones. Su posición, claro está, no surge de un común punto de mira político, sino desde la distante mirada de la "ciencia".⁸ Traversa se escandaliza porque los realizadores de la discutida *La hora de los hornos* parten de lo político para encontrar las formas del cine (de un cine que, como lo señala el libro cuestionado y lo acepta el comentarista, se quiere como instrumento de acción política): "De la política al cine se propone así un pasaje cuya regla de oro es la claridad de objetivos políticos; a partir de ella, surgirán la expresión y el lenguaje"—sintetiza Traversa la opinión de Solanas y Getino—, para luego interrogarse: "¿Qué son la claridad y la comprensión políticas?, ¿acaso algo *diferente a discursos sociales*? Estén éstos en el papel o en boca de sujetos individuales o colectivos. En uno u otro caso, en la escritura o en el discurso oral, invisten materias significantes, que, como tales, son de naturaleza social".

Extraigamos algunas conclusiones: 1) si la claridad y la acción políticas, en último análisis, son discursos, el cine, otro discurso, aparece como hecho equivalente. Es decir, el cine y la política son dos maneras de "invertir" la significación. Por lo tanto, una no puede determinar a la otra. Cada una tiene su historia, su modo de producción particular; 2) en todo el discurso de Traversa (no diferenciable del resto de la revista) existe un término ausente: la acción. Y si se piensa que la acción es la verdadera significación política, las cosas cambian un tanto, aunque aceptemos que esa acción también pueda considerarse un lenguaje. Pero ocurre que ese discurso que es la acción modifica las condiciones de producción y consumo, por lo tanto, condiciona cualquier otro discurso.

La elección de un camino

El extenso comentario sobre la revista *Lenguajes* nos ha permitido reflexionar acerca de algunos temas que atañen a nuestra propuesta más

8. Ciencia tan pura que le resulta difícil alejarse de los orígenes y, por ejemplo, llama "trazo" a lo que hace tiempo en español entendemos por "rasgo" en la traducción del término francés *trait*, ampliamente utilizado por los fonólogos.

general. Hasta ahora sabemos que no nos interesa investigar en comunicación masiva desde dos de las perspectivas más frecuentes: 1) la que se ofrece como legitimación de la actual estructura social, para la cual los medios masivos deben cumplir un papel regulador de la sociedad y en esa medida ser instrumento de la hegemonía ideológica de los sectores dominantes; 2) la que se postula como "develadora" de la ideología de los mensajes pero prescindiendo de la circunstancia político-social en la que ese mensaje se inscribe. Investigar entonces, ¿por qué y para qué? Intentemos algunas precisiones.

1. ¿Cuál es el papel que realmente cumplen los medios masivos de comunicación? ¿Es posible señalar una función universalmente válida? La condición dependiente de gran parte de nuestra cultura explica que se sigan repitiendo algunas afirmaciones que requieren verificación en cada circunstancia: "medios generadores de ideología", "medios alienantes", "medios manipuladores de conciencia" son expresiones que merecen un análisis en profundidad, tanto como los conceptos que le sirven de base.

La significación de un mensaje podrá indagarse a partir de las condiciones histórico-sociales en que circula. *Estas condiciones significan, en primer lugar, tener en cuenta la experiencia socio-cultural de los receptores.* Es verdad que el mensaje comporta significación pero ésta sólo se realiza, significa realmente, en el encuentro con el receptor. Primer problema a indagar, pues, es la forma de ese encuentro entre el mensaje y el receptor: desde dónde se lo recepta, desde qué ideología, es decir, desde qué relación con el mundo.⁹

2. Es preciso diferenciar distintos mensajes que se presentan a un mismo receptor que posee niveles diversos de experiencias, pues la capacidad de convicción de los medios está estrechamente ligada a los varios planos ideológicos que conviven en un receptor único. En el momento de la decodificación, cuando la significación surge, se pone en contradicción o no el sistema de codificación del emisor con las condiciones de decodificación del receptor. El "poder" de los medios puede ser nulo e incluso revertirse en la medida que el mensaje es "recodificado" y sirve de confirmación del propio código de lectura.

Entre nosotros, el general Perón repitió varias veces que para su primera y tercera presidencias tenía todos los medios de comunicación masiva en su contra y, sin embargo, ganó las elecciones. En cambio, cuando fue derrocado en 1955, todos los medios estaban a su favor. El recuerdo es válido más allá de la anécdota. No se trata de modificar los mensajes

9. Queda claro que desechamos la concepción de ideología como falsa imagen de la realidad, pero ya dijimos que no es ésta la ocasión para discutir el tema.

solamente para provocar actuaciones determinadas; es fundamental modificar las condiciones en las que esos mensajes van a ser receptados.

Si, al menos en el caso argentino, existe una experiencia que determina que los mensajes políticos signifiquen muchas veces lo contrario de lo que intenta el emisor, no ocurre lo mismo con otras áreas de la vida cotidiana, donde el conjunto de los receptores no poseen experiencias distintas a los modelos de existencia que proponen las clases dominantes. Un mismo receptor, que reconoce en el mensaje político datos opuestos a sus intereses, acepta las pautas que el mismo emisor (con idéntica ideología) le trasmite, pero vinculadas a zonas diferenciadas de su existencia: la moda, la moral, los estímulos sociales.

3. De lo anterior se deduce que, según nuestro criterio, es inútil comenzar el estudio por el mensaje (lo que no descarta su análisis), que es preciso bucear en las condiciones de recepción de ese mensaje para obtener datos reales sobre su significación y que esas condiciones tienen sustancialmente un referente político.

4. Consecuentemente, cualquier investigación que intente ser útil deberá partir de la situación socio-económica en la que el mensaje circula. La situación política del receptor condicionará la acción (la significación) del medio. La caracterización económica del propio medio ofrecerá pistas útiles para entender las razones que determinan la emisión de uno u otro mensaje. Política y economía constituyen la estructura donde se instala el llamado "comunicador" y que establece el condicionamiento para la producción de mensajes.

5. Cuando afirmamos la "utilidad" de la investigación presuponemos un *para algo o alguien*. Concebidos los medios masivos como instrumentos de transmisión ideológica,¹⁰ es fácil deducir que concebimos su acción en el campo de una lucha que atraviesa toda la actividad humana. La investigación que tiende a comprender el lugar de los medios en ese proceso se integra, pues, a la batalla ideológica.

6. Así definida, la investigación sobre los medios masivos adquiere un carácter estrictamente instrumental que presupone la posibilidad de utilizar las formas de comunicación masiva en uno u otro sentido. Según este criterio, el marco de la investigación queda definido por las necesidades del nivel de desarrollo de la conciencia popular dentro de un proyecto general. Los corolarios de una tal posición son diversos:

10. En este sentido el concepto de medio de comunicación masiva podría extenderse mucho más allá de lo habitualmente reconocido como tal. La acción política en primer término.

1. el punto de partida para investigar en los medios masivos de comunicación es un proyecto político-cultural al servicio del cual se intenta colocar la comunicación masiva;
2. el instrumental (metodología) a utilizar depende del objetivo a conseguir. Esto no significa que creamos en la neutralidad de los métodos, sino, por el contrario, en la absoluta pertinencia de algunos de ellos o de varios a la vez en función del objetivo diseñado;
3. la aceptación de los medios como producto natural del desarrollo tecnológico enmascara una falacia, pues siempre son instrumentales a un proyecto de sociedad. Su utilización, modificación o negación depende del proyecto que respalda la construcción de otra sociedad;
4. todo utopismo izquierdista sobre la modificación de los medios que no tenga presente la correlación de fuerzas actuantes en el ámbito social o que preconice "ideales" al margen de la experiencia del pueblo, está llamado no sólo a fracasar sino a reforzar las instituciones vigentes.

7. La definición del *objeto* de investigación, que caracteriza una de las facetas constitutivas de toda ciencia de acuerdo con los criterios en vigencia, no cristaliza, en nuestro caso, en un corpus determinado. El objeto en estudio es más bien una función: la circulación de ideología en condiciones particulares de decodificación. El objeto, por lo tanto, se va elaborando de acuerdo con el proyecto político-cultural que lo define.

La respuesta al interrogante inicial parece no admitir demasiados matices: investigar sobre comunicación masiva para develar su estructura y funcionamiento actual a fin de volcarlos al servicio de un proyecto socio-político que en el caso de América latina tiene como primer objetivo la liberación del imperialismo. Todo error en el diagnóstico puede ser peligroso para el proyecto que lo sustenta. (Algunos ejemplos en nuestro continente han sido aleccionadores.) Si se comprende que la instancia ideológica no es una variable dependiente de la llamada estructura (socio-económica) sino que es constitutiva de esa estructura, subestimar la importancia de los medios masivos es tan funesto como agigantarlos. Pretender autonomizar su función social al margen del proceso de una sociedad es tan defectuoso como despreciar su papel específico. El lugar de la comunicación masiva (y por lo tanto de la investigación que la toma como objeto) queda correctamente definido desde el interior de un proyecto global de sociedad. Es una forma de comer la pera, condición irremplazable para conocer su gusto.

